

cruz : Rodulfo, ¿conoces quiénes son estos que ves crucificados cerca de mí? Respondió él : Señor, bien conozco quiénes son, pero no entiendo lo que significa y quiere decir esto que veo. Entonces díjole el Señor : Estos solos de toda esta Religión son los que están crucificados conmigo, conformando su vida con mi pasión.

TRATADO SEGUNDO.

DE LA MODESTIA Y SILENCIO.

CAPÍTULO I.

Cuán necesaria es la modestia para edificar y aprovechar á nuestros prójimos.

La modestia de que ahora habemos de tratar consiste en que sea tal la composición del cuerpo, y tal la guarda de nuestros sentidos, tal nuestro trato y conversación, y tales todos nuestros movimientos y meneos, que causen edificación en todos los que nos vieren y trataran. En esto comprende san Agustín todo lo que hay que decir de la modestia : *In omnibus motibus vestris nihil fiat, quod cujusquam offendat aspectum, sed quod vestram deceat sanctitatem.* Agust. in regul. No es mi intento descender á tratar en particular las cosas en que se ha de guardar la modestia, ni notar lo que sería inmodestia. Bastará ahora esta regla general del glorioso san Agustín,

que es comun de los Santos y maestros de la vida espiritual. Procurad que todas vuestras acciones y movimientos vayan de tal manera ordenados, que nadie se pueda ofender, sino edificar. Resplandezca siempre en vuestro exterior humildad, y juntamente gravedad y madurez religiosa, y de esa manera guardaréis la modestia que conviene. Solamente pretendo declarar aquí cuán necesaria sea esta modestia, especialmente á aquellos, cuyo fin é instituto es, no solamente atender á la salvación y perfección de sus propias ánimas, sino también á las de los prójimos.

Cuanto á lo primero, una de las cosas con que mucho se edifican y ganan los prójimos, es con el exterior religioso y edificativo; porque los hombres no ven lo interior, sino solamente lo exterior, y eso es lo que les mueve y edifica, y lo que les predica mas que el

ruido y estruendo de las palabras. Y así se cuenta del bienaventurado san Francisco, que dijo una vez á su compañero : Vamos á predicar; y sale, y da una vuelta á la ciudad, y vuélvese á casa. Dícele el compañero : ¿Pues, Padre, no predicamos? Ya, dice, habemos predicado. Aquella composición y modestia con que iban por las calles fue muy buen sermón : esa mueve á devoción á la gente y á menosprecio del mundo, y á compungirse de sus pecados, y á levantar su corazón y deseo á las cosas de la otra vida : ese es sermón de obras, que es mas eficaz que el de palabras.

Lo segundo, esta modestia y buena composición exterior sirve y ayuda mucho para nuestro propio aprovechamiento espiritual, como dirémos despues mas largamente; porque es tan grande la unión y liga que hay entre el cuerpo y el espíritu, entre el hombre exterior y el interior, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro. Y así, si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mismo cuerpo : y por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego el espíritu también se descompone é inquieta. Y de aquí es que la modestia y composición exterior es grande argumento y señal del recogimiento interior, y de la virtud y aprovechamiento espiritual que hay allá dentro, como la mano del reloj del movimiento y concierto de las ruedas.

Con esto se declara mas lo primero; porque esta es la causa de edificarse tanto los hombres de la modestia y composición exterior; porque por ahí entienden y conciben la virtud interior que hay en el alma, y por eso la estiman y tienen en mucho. Dice san Jerónimo (1) : *Speculum mentis est facies, et taciti oculi, mentis fatentur arcana* : El rostro es un espejo del alma, y los ojos modestos, ó descompuestos y desasosegados, descubren luego lo íntimo del corazón. Y es sentencia del Espíritu Santo : *Quomodo in aquis resplendet vultus prospicientium, sic corda hominum manifesta sunt prudentibus.* Prov. xxvii, v. 19. Así como en el agua clara resplandece el rostro de los que se miran en ella; así el varón prudente conoce los corazones de los hombres por la muestra de lo exterior que ve en ellas. No hay espejo en que así se vea uno, como se ve la virtud y asiento interior en esto exterior : *Ex visu cognoscitur vir, et ob occursum faciei cognoscitur sensatus; amictus corporis, et risus dentium, et ingressus hominis enuntiant de illo.* Eccli. xix, v. 26. En el pestañear de los ojos se conoce quién es cada uno, dice el Sábio; la vestidura del hombre, la manera de cubrirse, de reirse, y de andar, descubren luego lo que es. Y poniendo las señas del hombre apóstata, dice : *Homo apostata, vir inutilis, graditur ore perverso, annuit oculis, terit pede,*

(1) Hieronym. epistol. ad Furiam viduam.

digito loquitur. Prov. vi, v. 12. Habla de dedo, y guiña de ojo, da del pié. Y así de Juliano Apóstata dice san Gregorio Nazianceno (1): Las condiciones de Juliano no conocieron algunos, hasta que las manifestó por sus obras y por el poder imperial que recibió; pero yo bien conocí sus costumbres, desde que le ví y comuniqué en Atenas. Ninguna señal ví en él que me pareciese buena: la cerviz yerta, los hombros movedizos, los ojos ligeros, meneándose á cada parte, el mirar feroz, los piés siempre bullidores, las narices muy prestas para mofar y escarnecer, la lengua ejercitada en motes y chocarrerías, la risa desenfadada, la facilidad en conceder y negar una misma cosa en un tiempo; sus pláticas sin orden y sin fundamento, sus preguntas importunas, sus respuestas sin propósito: mas ¿para qué discurre, dice, tan menudamente por sus calidades? En conclusion digo, que le conocí antes de sus obras, y por ellas despues le conocí mejor: y si ahora estuviesen presentes los que entonces estaban en mi compañía, darian testimonio, que en viendo en él tales muestras, súbitamente dije: ¡Oh cuán venenosa serpiente cria para sí la república romana! Y diciendo esto deseé salir mentiroso; porque mejor fuera así, que abrazarse la tierra con tantos males, cuales nunca se vieron. Pues así como el desorden

(1) Gregor. Nazianz. refert in Hist. Eccles. p. 2, lib. 4 in fine.

y mala composicion exterior es muestra y señal del vicio interior, así la modestia y buena composicion lo es de la virtud interior; y por eso edifica y mueve tanto á los hombres.

Por esta razon tenemos nosotros particular obligacion de procurarla con mucho cuidado, porque como nuestro fin é instituto es aprovechar á los prójimos con nuestros ministerios de predicar, confesar, leer, enseñar la doctrina, hacer amistades, visitar las cárceles, hospitales, etc., una de las cosas que da mas fuerza y eficacia á esos ministerios, para que se reciban y hagan fruto en sus almas, es esta modestia y buena composicion exterior, porque con esto se cobra mucha autoridad con los prójimos, por la virtud y santidad interior que conciben; y toman entonces lo que se les dice como venido del cielo, y se les imprime en el corazon. Cuenta Surio, lib. 2, c. 2 vit. S. Bern., que visitó el papa Inocencio II el monasterio de Claraual, acompañado de los Cardenales. Saliéronle á recibir todos los monjes con san Bernardo, que residia allí; y dice la historia, que les movió tanto aquel espectáculo de los monjes, que lloraban el Papa y los Cardenales de devocion, solo de ver la modestia de los religiosos. Maravillábanse todos mucho de ver la gravedad de aquella santa congregacion, que en una fiesta y regocijo tan solemne y tan nuevo, como era ver en una

casa al Sumo Pontífice y á los Cardenales, todos tenían sus ojos bajos y enclavados en la tierra, sin volverlos á ninguna parte, y teniendo todos puestos los ojos en ellos, ellos á ninguno miraban.

No solamente ayuda esta modestia y composicion religiosa para mover y edificar á los de fuera, sino tambien á los de casa; porque así como á los seglares los edifica mucho ver á un religioso que está ayudando á misa, y que en toda ella no levanta los ojos, ni vuelve la cabeza á una parte ni á otra, y que cuando va por la calle no los levanta, ni aun á mirar á quien pasó junto á él, y se confunden y compungen, y conciben dentro de sí mucha estima; así tambien acá entre nosotros edifica mucho el que anda con modestia, recogimiento y silencio, y mueve á devocion y á compuncion á los demás. Y así san Jerónimo, entre otros frutos que pone de esta modestia y composicion exterior, es uno este: *Ut loquacibus compunctionem ingerant, et intrandi ad societatem vestram sancta desideria incitent, et affectus ad caelestia moveantur.* Hier. in reg. Monach. 21. ¿Sabeis, dice, qué hace un religioso de estos con su silencio y modestia? Es una reprehension muy fuerte y eficaz para el que habla mucho, y para el que anda con poca modestia y recogimiento, viendo que no es él tal como el otro. Estos, dice, son los que pueblan las casas de la Religion, y los que las sustentan y conservan

en virtud y santidad; porque con su ejemplo atraen y mueven á devocion á los demás, y los despiertan á deseos del cielo. Y esto es lo que nuestro santo Padre nos dice á nosotros, pidiéndonos: «que procedamos de tal manera en esto, que considerando los unos á los otros, crezcan todos en devocion y alaben á Dios nuestro Señor.» Regul. 29 summar.

De san Bernardino se cuenta, que era tal su modestia y composicion, que con sola su presencia hacia componer todos sus compañeros; no era menester mas que decir: Bernardino viene, para componerse todos. Y de Luciano mártir cuenta Metafraste, y Surio en su vida, que de solo verle los gentiles, se convertian y movian á ser cristianos. Estos son buenos predicadores, imitadores del glorioso Bautista, de quien dice el sagrado Evangelio: *Erat lucerna ardens, et lucens.* Joan. v, v. 35. Era una hacha encendida, que ardia en sí con grande amor de Dios, y daba mucha luz y resplandor á los prójimos con el ejemplo de su vida maravillosa. Este debe ser para nosotros un motivo muy grande para andar siempre con mucha modestia, para edificar á nuestros prójimos y á nuestros hermanos, y hacer en ellos el fruto que habemos dicho: porque sino, ¿dónde está el celo y deseo de la mayor gloria y honra de Dios, y de ganar almas, tan propio de nuestro instituto, si no procuramos hacer esto, con

que ellos tanto se edifican y se ganan, estando tan en nuestra mano?

CAPÍTULO II.

Cuán necesaria es la modestia para nuestro propio aprovechamiento.

Doctrina es comun de los Santos, que la modestia y guarda de los sentidos es uno de los principales medios que hay para nuestro propio aprovechamiento espiritual; porque ayuda mucho á la guarda del corazon y al recogimiento interior, y á conservar la devocion, por ser esas las puertas por donde entra todo el mal allá dentro al corazon. San Jerónimo sobre aquello de Job, xxxviii, v. 17: *Numquid aperte sunt tibi portae mortis, et ostia tenebrosa vidisti?* dice, que en sentido tropológico las puertas de la muerte son nuestros sentidos, porque por ellos entra la muerte del pecado á nuestra ánima, conforme á aquello del profeta Jeremías, ix, v. 21: *Ascendit mors per fenestras nostras.* Y dice que se llaman puertas tenebrosas porque dan entrada á las tinieblas de los pecados. Lo mismo dice san Gregorio, lib. 2 Moral. c. 2, y es comun manera de hablar de los Santos, sacada de la filosofía: *Nihil est in intellectu, quod prius non fuerit in sensu*: Ninguna cosa puede estar en el entendimiento, sin pasar primero por los sentidos, como por puertas. Pues cuando en una casa están las puertas cerradas y bien guardadas, todo lo demás está se-

guro; pero si están abiertas de par en par y sin guarda, para que entre y salga quien quisieré, no estará segura la casa, ó á lo menos no habrá sosiego ni quietud en ella con tanto entrar y salir. Así es tambien acá: los que tuvieren bien guardadas las puertas de sus sentidos, andarán recogidos y devotos; pero los que no tienen cuidado de eso no tendrán paz ni quietud en su corazon.

Por eso nos amonesta el Sábio: *Omni custodia serva cor tuum, quia ex ipso vita procedit.* Prov. iv, v. 23. Guarda tu corazon; y añade, con toda guarda, con todo cuidado y diligencia, para darnos á entender la importancia de esto; porque guardando bien las puertas de los sentidos, se guarda el corazon. Dice san Gregorio, lib. 21 Moral. c. 2: *Unde nobis ad custodiendam cordis munditiam, exteriorum quoque sensuum disciplina servanda est*: Para tener limpio y puro el corazon, es menester que tengamos mucha cuenta con la guarda de nuestros sentidos. Y san Doroteo, serm. 22, dice: *Assuesce oculos non circumferre ad alienas, et vanas res; hoc enim labores omnes monasticos deperire facit*: Acostumbraos á tener vuestros ojos modestos y bajos, y á no andar mirando cosas impertinentes y vanas; porque eso suele hacer que se pierdan todos los trabajos del religioso. Todo lo que habeis ganado en mucho tiempo, y con mucho trabajo, se os irá muy fácilmente por las puertas de los sentidos, si no

teneis cuidado de guardarlas, y os quedaréis vacío y sin nada. ¡Oh qué bien lo dijo aquel Santo (1)! «Muy presto se pierde por descuido lo que con mucho trabajo y dificultad se ganó por gracia.» Y en otra parte dice san Doroteo, ser. 20: *Cave à multiloquio; hoc enim sanctas, ac rationales, et à caelo advenientes cogitationes penitus extinguit*: Guardaos de hablar mucho, porque eso impide los pensamientos santos, y las inspiraciones y deseos del cielo. Y por el contrario, dice el glorioso san Bernardo, epist. 378: *Juge silentium, et ab omni strepitu saecularium perpetua quies cogit caelestia meditari*: El continuo silencio, y estar olvidados y apartados del ruido de las cosas del mundo, levanta el corazon, y hace que pensemos en las cosas del cielo, y que pongamos nuestro corazon en ellas. Y tratando de la modestia de los ojos (2), dice: «Los ojos en el suelo ayudan para traer el corazon siempre en el cielo.» Y bien lo experimentamos, que cuando andamos los ojos modestos y bajos, andamos recogidos y devotos.

Esta es la causa por que decian aquellos santos Padres de Egipto, como refiere Casiano (3); que el que quisiere alcanzar la perfecta limpieza y pureza de corazon, y tener devocion y recogimiento, ha de ser sordo, ciego y mudo;

porque cerradas de esta manera las puertas de estos sentidos, estará su ánima limpia, y la imaginacion desembarazada y dispuesta para tratar y conversar con Dios. Pero dirá alguno: ¿cómo podremos nosotros ser sordos, ciegos y mudos, que tratamos tanto con los prójimos, y nos es forzoso ver y oír muchas cosas que no querríamos? El remedio es oír esas cosas como si no las oyésemos, que por un oído entren, y por otro se salgan, sin dejar pegar el corazon á ellas, sino despidiéndolas luego de nosotros, no haciendo caso de ellas. San Efren (1) cuenta á este propósito, que un monje preguntó á otro Padre antiguo: ¿Qué haré, que me manda el abad que vaya al horno á ayudar al panadero, y hay allí mozos de fuera, que tratan muchas cosas impertinentes, que no me está á mí bien el oírlas: ¿cómo me habré? Respondió el viejo: ¿No has visto los muchachos en la escuela como están juntos con tanto ruido, leyendo y aprendiendo las lecciones que han de dar al maestro, y cada uno atiende á su leccion y no á las de los demás, porque sabe que de aquella ha de dar cuenta al maestro, y no de las de los otros? Haz tú así, y no atiendas á lo que los otros hacen ó dicen, sino á hacer bien tu oficio; porque eso es de lo que has de dar cuenta á Dios.

Del bienaventurado san Bernar-

(1) Thom. de Kempis.

(2) Bernard. tract. de 12 gradib. humil.

(3) Cassian. lib. 4 de inst. renunt.

(1) Ephren, tom. 2, cap. 73 variar. doct. pag. 234.

do se dice, que tenia su corazon tan puesto en Dios, que viendo no veia, y oyendo no oia. Parecia que no usaba de sus sentidos. Un año habia pasado de novicio, y no sabia de qué era el techo de su celda, si de bóveda ó madera. Habia tres ventanas ó vidrieras en la iglesia, y él nunca echó de ver si era mas que una. Habia caminado casi todo un dia por la ribera de un lago, y hablando despues los compañeros de él, les preguntó dónde habian visto aquel lago, que él no le habia echado de ver. Y del abad Paladio se cuenta, in Prat. spirit. que estuvo veinte años en una celda, y no levantó los ojos al techo. De esta manera, aunque andemos en medio del mundo tratando con los prójimos, seremos sordos, ciegos y mudos, y no nos impedirá nuestro aprovechamiento el ruido de lo que oimos y vemos.

CAPÍTULO III.

Del engaño de algunos que hacen poco caso de estas cosas exteriores, diciendo que no está en eso la perfeccion.

De lo dicho se colige bien cuán engañados andan los que hacen poco caso de estas cosas exteriores, de la modestia y silencio, diciendo que no está en eso la perfeccion, sino en lo interior del corazon, y en las verdaderas y sólidas virtudes. Lipomano trae un ejemplo muy bueno á este propósito, sacado del Prado espiritual,

cap. 6. Cuéntase allí que uno de aquellos Padres viejos, que moraban en el desierto de Citia, fué un dia á la ciudad de Alejandría á vender las cestillas que habia hecho; y vió allí otro monje mancebo que habia entrado en un bodegon, lo cual sintió el viejo mucho, y acordó de esperarle hasta que saliese, para decirle su parecer; y en saliendo, llámale aparte, y dícele: Hermano mio, ¿no veis que sois mozo, y que son muchos los lazos de nuestro enemigo? ¿No sabeis el daño que recibe el monje en andar por las ciudades, por las figuras y representaciones que le entran por los ojos y por los oidos? Pues ¿cómo os atreveis á entrar en los bodegones, donde hay tan malas compañías de hombres y mujeres, y donde por fuerza habeis de ver cosas malas, y oir lo que no quereis? No, por amor de Dios, hijo mio, no lo hagáis así, sino huid al desierto, en donde con ayuda de Dios estaréis salvo y seguro. Respondió el mancebo: Andad, Padre, que no está en eso la perfeccion, sino en la limpieza del corazon. Tenga yo limpio el corazon, que eso es lo que quiere Dios. Entonces levantó el viejo las manos al cielo, diciendo: Bendito y alabado seais Vos, Señor, que cincuenta y cinco años há que estoy en este desierto de Citia con todo el recogimiento que he podido, y aun no tengo el corazon limpio; y este tratando y conversando en las tabernas y bodegones ha alcanzado limpieza de co-

razon. Pues esasea vuestra respuesta. Yo os confieso que la perfeccion esencial está en la puridad y limpieza del corazon y en la caridad y amor de Dios, y no en estas cosas exteriores; pero no tendréis ni alcanzaréis esa perfeccion si no teneis cuenta con la guarda de vuestros sentidos, y con la modestia y composicion exterior.

San Buenaventura (1) nota esto muy bien, y da la razon, porque con esto exterior se adquiere y conserva lo interior; y esos son los reparos y defensivos del corazon. Así como acá vemos que no produce la naturaleza al árbol sin sus hojas y corteza, ni la fruta sin su cáscara, sino que todas las cosas hace con sus reparos y defensivos para conservacion y ornato de las cosas; así tambien la gracia, que obra conforme á la naturaleza, y mas perfectamente que ella, no obra lo interior de la virtud, sino mediante esto exterior: esa es la corteza y cáscara con que se conserva la virtud y recogimiento interior, y la puridad y limpieza del corazon; y cuando eso faltare, faltará tambien esto otro: como la salud ó enfermedad corporal no está en esto exterior, ni en tener uno buen ó mal color, sino en el concierto ó desconcierto de los humores que están allá dentro; pero con todo eso, en viendo en uno mal color luego decimos: Malo anda fulano, no está del todo sano;

(1) Bonav. tom. 2 opusc. lib. 2 de profectu Religios. cap. 22.

¿no veis qué color trae? ¿qué amarillo anda? ¿qué ojeras tiene? Pues de esta manera es tambien en la salud espiritual.

San Basilio (1) declara esto con una comparacion que, pues él la trae, tambien la podemos traer nosotros. Va suponiendo aquella doctrina y alegoría comun de los Santos, que los sentidos exteriores son unas ventanas por donde el alma se asoma á mirar lo que pasa allá fuera: y dice, que entre el alma recogida y distraida hay la diferencia que entre la mujer honesta y liviana: á la mujer honesta, por maravilla la verán á la ventana; pero la que es liviana y mala, todo el dia está á la ventana y á la puerta, mirando todos los que pasan, y llamando al uno, y hablando y entreteniéndose con el otro. Esa, dice san Basilio, es la diferencia que hay entre el religioso recogido y el distraido, que al recogido por maravilla le veréis asomado á las ventanas de sus sentidos, estáse allá dentro recogido en el retrete de su corazon; pero al otro á cada paso le veréis asomado á esas ventanas mirando lo que pasa, oyendo lo que se dice, hablando y perdiendo tiempo con unos y con otros. No está la honestidad ó deshonestidad de la mujer en asomarse á la ventana ó no; pero la mujer ventanera y callejera, y amiga de hablar y conversar con unos y con otros, gran

(1) Basil. tractat. de vera virginitate, cap. 2.

indicio y muestra da de su liviandad, y eso solo bastaria para hacerla ruin aunque no lo fuese. De la misma manera, es verdad que no está la perfeccion en la guarda de la lengua y de los sentidos; empero alma ventanera y callejera, amiga de ver, oír y hablar, no alcanzará la perfeccion, ni la pureza de corazon.

Y hase de notar aquí otro punto principal, que así como esto exterior ayuda á componer y conservar lo interior, así tambien lo interior compone luego lo exterior. *Ubi Christus est, modestia quoque est*, dice san Gregorio Nazianceno, epist. 193. Cuando hay allá dentro virtud sólida y maciza, luego hay gravedad y peso en los ojos y en la lengua, y mucha madurez en el andar y en todos nuestros movimientos. La gravedad y peso interior pone peso y madurez en lo exterior. Y esta es la modestia que nuestro Padre nos pide (1), que nazca de la paz y verdadera humildad del ánima, no modestia compuesta y fingida artificialmente, que esa no dura, al mejor tiempo falta al fin como cosa positiva; sino una modestia, que ella misma se caiga de suyo, nacida como efecto de su causa, de un corazon compuesto, mortificado y humilde.

De donde podemos colegir una señal muy buena para conocer si un hombre es espiritual ó no, y si va aprovechando y creciendo en

(1) Regul. 19 summ. constitut.

espíritu ó no; y decláralo san Agustín (1) con esta comparacion: Así como vemos que ahora nosotros, que somos ya hombres, carecemos de muchos deleites y pasatiempos que teníamos cuando éramos niños, que si entonces nos los quitaran, nos diera mucha pena, y ahora ninguna sentimos en carecer de ellos, porque son pasatiempos y juegos de niños, y nosotros somos ya hombres; así, dice, es en el camino espiritual, cuando uno comienza á gustar de Dios, y de las cosas de virtud, y se va haciendo hombre espiritual y varon perfecto, no siente ni le da pena el carecer de los gustos y delectaciones sensuales de que gustaba cuando era niño é imperfecto en la virtud, porque aquellos son deleites y pasatiempos de niños y de imperfectos, y él es ya hombre: *Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus: quando autem factus sum vir, evacuavi quæ erant parvuli*. I ad Corinth. XIII, v. 11. Cuando era pequeño, sabia, y pensaba, y obraba como pequeño; pero despues que soy hombre, dejé las cosas de niño. Pues si quereis ver si sois hombre, y si vais aprovechando y creciendo en perfeccion, ó si sois todavía niño, mirad si habeis dejado y olvidado las cosas de niño; porque si todavía gustais de los juegos y entretenimientos de los niños, niño sois; si gustais de niñerías, de derramar vuestros

(1) August. lib. 83, quæst. 70.

sentidos, de apacentar vuestros ojos, andando mirando cosas curiosas y vanas, y vuestros oídos en querer oír todo lo que pasa, y vuestra lengua en conversaciones y pláticas impertinentes y excusadas, niño sois, é imperfecto sois, pues gustais de los pasatiempos y entretenimientos de los niños y de los imperfectos. El que es hombre espiritual, y va creciendo y haciéndose varon perfecto, ya no gusta de esas cosas, antes se rie y hace burla de ellas, como el hombre de los juegos y entretenimientos de los niños, y se afrentaria de tratar de eso.

CAPÍTULO IV.

Del silencio, y de los bienes y provechos grandes que hay en él.

Uno de los medios que nos ayudará mucho para aprovechar en virtud y alcanzar la perfeccion será refrenar y mortificar la lengua; y por el contrario, una de las cosas que mas nos dañará é impedirá nuestro aprovechamiento será descuidarnos en esto. Lo uno y lo otro nos dice Santiago en su Cánónica, III, v. 2, porque por una parte dice: *Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir*. El que guardare bien su lengua, y no pecare con ella, ese será varon perfecto; y por otra dice: *Si quis putat se religiosum esse, non refrænans linguam suam, sed seducens cor suum, hujus vana est Religio*. Jacob. c. I, v. 16. Si alguno piensa que es

religioso, y no refrena su lengua, engañase, que vana es su Religion. San Jerónimo, in reg. Monachorum, c. 22, trae esta autoridad para encomendar la guarda del silencio, y dice que por esto aquellos Padres antiguos del yermo, fundados en esta sentencia y doctrina del apóstol Santiago, tenían gran cuidado de guardarle. Dice que halló á muchos de aquellos santos Padres que había siete años que no habian hablado palabra con otro. De aquí tambien dice Dionisio Cartusiano que vinieron todas las Religiones á poner, entre las observancias de la Religion, por una de las principales, ésta del silencio, y con tanto rigor, que establecieron y ordenaron que el que le quebrantase fuese castigado con disciplina pública.

Pero veamos qué será la causa de encomendarnos tanto este negocio. ¿Tan grave cosa es hablar una palabra ociosa? ¿Es mas que perder un poco de tiempo que se gasta en decirlo, un pecadillo venial que se quita con agua bendita? Mas debe de haber en ello que perder un poco de tiempo, y de mas peso debe ser este negocio de lo que parece, pues la sagrada Escritura nos lo encarece tanto, porque el Espíritu Santo no es encarecedor ni exagerador de las cosas, ni las pesa con otro peso del que ellas tienen. Los Santos y Doctores de la Iglesia, á quienes el Señor dió particular luz para entender y declarar los misterios de la Escritura divina, declaran muy